

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD
CATÓLICA DEL PERÚ**
COMISIÓN DE FE Y CULTURA



¿CÓMO SE PUEDE HOY SER CRISTIANO?

2

Alberto Wagner de Reyna
Profesor honorario
de la Universidad Católica del Perú

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD
CATÓLICA DEL PERÚ**

COMISIÓN DE FE Y CULTURA

¿CÓMO SE PUEDE HOY SER CRISTIANO?

Alberto Wagner de Reyna

Profesor honorario

de la Pontificia Universidad Católica del Perú

Una colección publicada por
la Comisión de Fe y Cultura de la
Pontificia Universidad Católica del Perú
Av. Universitaria Cdra. 18 s/n
Lima 32 (Perú)
© 2002 Pontificia Universidad Católica del Perú

Impresión y encuadernación:
Impresos & Diseños S.A.C.
Telf.: 336-5562 Fax: 336-5961

Alberto Wagner de Reyna
Profesor honorario
de la Pontificia Universidad Católica del Perú

**¿CÓMO SE PUEDE HOY
SER CRISTIANO?**

*A la memoria del Padre Jorge,
en cuyo curso de Filosofía de la Religión
encontré, hace 70 años, el camino de la Verdad.*

*A los estudiantes de la PUCP,
mis lejanos discípulos.*

Se agradece la valiosa colaboración de Beatriz Montoya Valenzuela, Marita Dextre Vitaliano y Jorge Luis Valdez Morgan, del Archivo de la Universidad, en la edición de este opúsculo.

Índice

Prólogo	11
¿Cómo se puede hoy ser cristiano?	13
1. La Pregunta Orientada	17
Traza de la respuesta	20
2. La Fe	23
La verdad	28
Naturaleza sobrenatural de la fe	29
Razón y fe	33
3. La Resurrección de Cristo	40
4. La Eucaristía	47
5. La Cruz de Cristo	51

PRÓLOGO

Esta colección de folletos es una publicación de la Comisión de Fe y Cultura de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Dicha Comisión es un órgano asesor del Rectorado, cuya misión es, según el acta fundacional, «analizar los problemas de fe y cultura a la luz del Magisterio de la Iglesia, especialmente el más reciente, con el fin de exponerlos correctamente y de aportar a su solución». Está integrada por un profesor de cada uno de los Departamentos Académicos, a fin de promover un análisis realmente interdisciplinar.

Nuestra reflexión sobre las relaciones entre la Fe y la Cultura está inspirada en el mensaje que, el 15 de mayo de 1988 durante su segunda visita al Perú, dirigió Juan Pablo II a los hombres de la cultura y de la empresa. Para el Papa, la cultura tiene un triple sentido, el modo de ser colectivo, el mundo del pensamiento, la técnica y el arte y el humanismo integral, y los tres pueden ser, de alguna manera, iluminados por la fe. Nuestro modo de ser colectivo, como lo señala nuestra Constitución, cuando proclama que «dentro de un régimen de independencia y autonomía el Estado reconoce a la Iglesia Católica como elemento importante de la formación histórica, cultural y moral del Perú», debe seguir siendo iluminado por los valores cristianos nuestro mundo del pensamiento, de la técnica y del arte, que encuentran un lugar privilegiado en nuestra Universidad, de-

ben ayudar al recto planteamiento y a la solución de los problemas de los peruanos, sin olvidar el sentido trascendente de la vida; y nuestro humanismo debe ser realmente integral, estando al servicio de todo el hombre y de todos los hombres.

Estos folletos recogen, unas veces, la reflexión personal de maestros de nuestro claustro, como un modo de continuar la tarea que la Universidad les dio, al confiarles la enseñanza y formación integral de los estudiantes, y otras veces, los debates promovidos por la misma Comisión de Fe y Cultura sobre problemas actuales del país y sobre los cuales deben ir formándose una recta opinión, no sólo los estudiantes, sino también todos los miembros de la comunidad universitaria. La Comisión, así como los autores de los folletos y los participantes en los debates, esperan que este esfuerzo no sea inútil y que ayude al descubrimiento de la verdad que nos hace realmente libres.

¿CÓMO SE PUEDE HOY SER CRISTIANO?

Una pregunta ingenua

¿Cómo se puede hoy ser cristiano? Esta pregunta se presta a ser interpretada de dos maneras: ya sea como una exclamación que reclama y enfatiza una respuesta negativa; ya sea como la expresión de un deseo, del anhelo -quizás angustioso- de saber en qué consiste precisamente eso: ser hoy cristiano, y eventualmente cuál es el camino para serlo. En el primer caso se trivializa (o ridiculiza) un tema que desde hace dos milenios ha preocupado hondamente a los hombres y que no merece tomarse a la ligera; en el segundo se responde a veces a una -si bien legítima- simple curiosidad intelectual, y en otras a un apremio anímico en busca de verdad, de trascendencia y de felicidad.

Se trata, entonces, de una pregunta *ingenua* en la doble acepción de este término, que significa tanto “candoroso y sin doblez” como también “que nació libre y no ha perdido su libertad”. Su intención no es capciosa, ni su ánimo solapado. No obedece tampoco a posibles intereses o a coacciones externas: surge *ex abundantia cordis*.

Las páginas que siguen, modestamente, se esfuerzan en hacer un esbozo de respuesta a quienes formulan la pregunta con intención y en la espera que -por medio de ella- se aclaren ideas y expliquen ciertos aspectos fundamentales del Cristianismo. La cuestión que nos ocupa no es extravagante en los días que corren: la sociedad desacralizada, en que vivimos al entrar en el tercer milenio de nuestra era, ha hecho desaparecer puntos de referencia que otrora formaban parte integrante del tesoro conceptual de la comunidad de Occidente. La ignorancia ambiental en materia religiosa es así un hecho que legitima la pregunta.

Ahora bien, toda pregunta obedece a un *sentido*, mira en una dirección -más o menos determinada- dentro de la cual se espera obtener una respuesta. Tiene también un *punto de partida* y un *interrogador*. Ambos son aquí claros y manifiestos: se aboca a la cuestión un católico fiel a las enseñanzas de la Iglesia, y asume, metodológicamente, una posición neutral y objetiva para los efectos del planteamiento del problema.

En cuanto al sentido de la pregunta, habría que decir: ¿Cómo se puede hoy ser cristiano? tiene la posibilidad de ser entendido en una forma general y amplísima, lo que requeriría explicaciones en todas las direcciones, o de enderezarse a una sola y precisa. Es lo que haremos en este ensayo al enfocar un aspecto específico, entre muchos otros que pudiera sugerir este tema: nos atrevemos a abordar la *fe*, a ponerla -a ella misma- en línea de mira. El sentido de nuestra indagación es

aclarar las condiciones de su necesidad, o dicho de otro modo: la “razón” de la fe. No porque consideremos irrelevante el cuestionamiento en dirección histórica, social o estrictamente teológica -y aun estética- que a muchas personas atrae. El aspecto social del Cristianismo y la acción caritativa y asistencial de la Iglesia, el vuelo y valía de las obras arquitectónicas y plásticas de los creyentes de otrora y de hoy, la música sagrada, la mística y poesía cristianas, todas estas manifestaciones del espíritu son puertas de acceso a la fe.

No tocamos aquí estos temas, que, dada su indiscutible importancia, dejamos a plumas más competentes en las respectivas materias. Consideramos, sin embargo, que un planteamiento *intelectual* -existencial-referente a la “naturaleza” de la fe, se halla, aunque no se tenga conciencia de ello, en la base de todos los demás.

Tampoco encaramos la pregunta que nos ocupa desde una perspectiva hipotéticamente general, es decir, que comprenda las dificultades, reparos y dudas de los hombres de todas las culturas y mentalidades del globo -desde el esquimal hasta el monje tibetano, del bosquimán al sabio sufí-; es menos ambicioso nuestro intento: se dirige a personas de civilización occidental, más o menos cultivadas -estudiantes y profesionales- a quienes alguna vez les ha ocurrido interesarse por los entretelones de la vida y de la muerte. A alguien que sea, precisamente, como el lector que tiene este texto entre sus manos.

1 LA PREGUNTA ORIENTADA

Desde la Ilustración (siglo XVIII) -como es notorio- la razón fue atribuyéndose la dignidad de criterio absoluto para juzgar toda la realidad, de suerte que declaraba inexistente e imposible todo lo que escapara a sus leyes y su órbita. El “racionalismo” considera absurdo lo sagrado (y en general lo trascendente), pues excedía a su ámbito. Como no podía borrarlo de la faz de la tierra, pues es un hecho que en múltiples formas se manifiesta, buscó darle una explicación científica, ya sea reduciéndolo a otros fenómenos (concomitantes pero que no le son esenciales), ya sea considerándolo del dominio de la psicología, de la sociología o del simbolismo antropológico. Donde la reducción resultaba impracticable, declaró, llanamente, que debía de tratarse de una ilusión o de un engaño más o menos concertado.

Esta falsificación -o profanación- de lo sacral llevó a su menosprecio (cuando lo asimila a la superstición), a ser considerado como objeto de divertida observación (y así lo incluye en la categoría del folclor, grato a los turistas), a la concesiva admiración como “valor cultural” que estimula las artes (gótico, barroco, etc.) o

a declararlo el enemigo que ha de ser combatido y abatido (“opio del pueblo”, persecución sangrienta, laicismo agresivo, etc.)

La ignorancia, voluntaria o no, a ratos unida a una de estas actitudes (con excepción de la última), lleva aparejada la indiferencia. Va ésta desde el desinterés total hasta una bonachona, equilibrada y permisiva abstención de juicio. De uno u otro modo, se niega cualquier significación esencial al “fenómeno religioso” (tolerancia laica).

A este cuadro, referido a los Estados occidentales-herederos de “príncipes cristianos”, como antaño se decía-, se añade la situación en los países de otra tradición religiosa, donde la problemática se complica por ser entendido el Cristianismo como instrumento de poder de la antigua Potencia colonial, como influencia exógena o como asunto privativo de una minoría desprovista de importancia nacional.

La pregunta “¿Cómo se puede hoy ser cristiano?” no surge pues nunca de una temática neutra. Aun en los casos en que responda a un leal deseo de saber, posiblemente para orientar la propia vida, se encuadra ella dentro de un conjunto de antecedentes y tendencias, dificultades y anhelos, tanto sociales como intelectuales, determinados históricamente por la evolución de los conocimientos científicos y por las urgencias del mundo contemporáneo.

Frente al racionalismo (que va junto con las explicables y conocidas reacciones antiracionales provocadas por él) que domina el ámbito intelectual; frente al paneconomismo de una sociedad hedonista en que lucro, eficacia comercial y diversión son los ídolos incontestables; frente a la pobreza del materialismo tecnológico que se sustituye a la verdadera riqueza de la vida humana; frente a la miseria -de todo tipo- que por doquier nos salta a la vista; la respuesta cuya exposición aquí ensayamos ha de ir necesariamente -¡no es ello de extrañar!- a contracorriente de estas fuerzas que el ingenio y el poder mundanales propugnan... y que, sin embargo, no han podido domeñar.

Será un testimonio -personal-, nacido de una urgencia existencial, en que se conjugan un imperativo intelectual, el comprometimiento cristiano a lo largo de una vida y la necesidad -empujada por *ethos* y *agape*- de comunicar a otros hombres -sus hermanos- lo que el autor considera una “evidencia secreta” pero decisiva y fundamental para la felicidad de ellos. En este sentido está orientada nuestra pregunta.

Testimonio que sólo compromete a su autor: aunque sólidamente enraizado en la ortodoxia católica, como perteneciente al laicado, carece de toda autoridad. Firme y decidido, nacen estas páginas del convencimiento de que la verdad hace libres y que así manumite a los esclavos de la maquinaria hoy omnívora y omnipresente del olvido de Dios.

En la actual coyuntura histórica parecerá desca-
bellado un planteamiento que parta del extremo opues-
to a lo “políticamente correcto” en la materia, suscitando desde el comienzo no sólo desconfianza sino rechazo. Creo que únicamente con posiciones definidas -a cara descubierta- se puede tratar útilmente de lo esencial. Las bases de la argumentación deben estar desde el inicio sobre la mesa.

Traza de la respuesta

La respuesta que proponen estas reflexiones se organiza -como método de meditación- al rededor de tres ejes que culminan en un punto. Ellos son: 1) la fe, 2) la resurrección de Cristo y c) la Eucaristía. El “lugar geométrico” en que se encuentran estas tres líneas es la Cruz.

Ellas corresponden a tres puntos de vista (o criterios de aproximación) diferentes, pero -como sabemos- convergentes:

- El primero trata de un conocimiento: la fe, que es un saber sobrenatural y supraracional.
- El segundo se refiere a una realidad de este mundo, a un hecho, un acontecimiento *histórico* -la resurrección* de Cristo-, cuya característica estriba, precisamente, en *superar* las leyes que rigen esa realidad.
- En el tercero tocamos un *misterio*, una instancia re-

*Escribo *resurrección* con mayúscula cuando es nombre propio, es decir la Resurrección como misterio, y con minúscula cuando me refiero al hecho de resucitar.

cóndita que al *revelarse* al hombre le da *vida*; siendo una acción de gracias es también la expresión *vital* de la unión con Dios.

Conocimiento, realidad y misterio convergen en la Cruz de Cristo. Ellos constituyen la trama fundamental y la sustancia del Cristianismo. De ellos se alimenta la vida de los hombres que asumen su humanidad como hijos de Dios y herederos de su gloria.

Al enfocar nuestra respuesta desde la *fe*, no olvidemos que es ella el *saber* que nos da nuestro conocimiento de Dios -creador, trino y uno-. Ahora bien, como nos lo advierte san Pablo, nuestra fe sería vana si Cristo -muerto en la Cruz- no hubiera *resucitado*, hecho que nos acredita su divinidad. La fe cristiana y la resurrección de Cristo son inseparables: la una señala hacia la otra, que, a su vez, fundamenta -humanamente- a la primera.

La *resurrección* del Señor abre ante nuestros ojos toda la Cristología (divinidad, encarnación, vida y pasión, Cuerpo Místico) y se perpetúa en la *Eucaristía*, que reproduce día a día el sacrificio salvífico del Mesías. Ella -orientada hacia la resurrección y referida a la plenitud de la vida en Cristo- ilumina la existencia cristiana en general (batalla contra el Mal, caída, pecado, triunfo de la Redención, acción de la Gracia, alabanza de Dios).

Todo ello tiene su origen y culminación en la inmolación del Salvador en la *Cruz* (condición de su *resu-*

rrección, y -por ello- garantía de la fe). Acción que se prolonga en la *Eucaristía -mysterium fidei* y participación del pan divino-, que lleva a *participar* en la Vida sobrenatural. Estos tres ejes de la Religión cristiana corresponden también a los aspectos de ella que se hallan más expuestos al embate del espíritu del siglo, precisamente porque son los puntales (especialmente en la práctica) de las creencias y del proceder de sus fieles.

Nuestra reflexión sobre la fe nos llevará, a través de la resurrección y de la Eucaristía, a una visión de la “sustancia” del Cristianismo y desembocará en su enfrentamiento con un mundo de inmediatez, dinero, confort y alienación. En ese mundo, que es, precisamente, el nuestro, se plantea la pregunta ¿Cómo se puede hoy ser cristiano? Tal cuestión no deja de perturbar o incomodar a quienes -ufanos- se sienten navegar con el flujo de la Historia... aunque ignoren hacia donde fluye ésta en su indecisa determinación.

2 LA FE

El punto de partida en toda reflexión sobre la fe es -para la mayoría de los hombres de hoy- paradójicamente la razón. No en vano que hace siglos preocupa el binomio “razón y fe”. La razón se “impone”, en el mundo en que vivimos, en toda mente lúcida como algo inobjetable, de suerte que todo pensar valioso ha de desenvolverse por ella y dentro de los principios de la misma.

Desde luego que no se ignora aquello de Pascal que “hay razones del corazón que la razón no conoce”, pero se comprende que ello se refiere al bucear en el alma y quizás al actuar pero no al pensar riguroso. Por cierto que se reconoce -con Kant- que existe una “razón práctica”, pero ella no atañe a la verdad misma sino a su aplicación. En “puridad de verdad” sólo la razón pura “da razón” de la verdad. Evidentemente, el racionalismo dominante ha suscitado los ya recordados movimientos ocultistas y “teorías” irracionales, pero unos y otras no se reputan sino la “razón de la sinrazón” o el resultado de sentimientos y fantasmagorías de inmaduros jóvenes o de viejos desengañados de la vida. Sin duda que el “vacío de razón” atrae por su equilibrada ataraxia (de

exótico perfume) pero ello -se dice- está bien para la introspectiva quietud: la suspensión de la verdad nunca fue base del conocimiento científico. Pese a todas estas contracorrientes, de plano descartadas por la mentalidad supuestamente rigurosa, y al risueñamente tolerado “pensamiento holístico”, se puede pues decir que la razón es reina y señora de la comprensión de todo lo existente -y virtual- como lo es de todo proceder sensato.

El cuestionamiento de la razón en esta época de matematizado materialismo, es decir en nuestra sociedad tecnológica (que convierte medios en fines porque carece de éstos), reviste una connotación de marginalidad que impide que sea tomado en serio en los medios dominantes.

Precisamente esto induce a formular la pregunta por la validez universal y absoluta de la razón. Lo incuestionable merece dialécticamente los honores de ser puesto en tela de juicio. Interroguemos a la razón misma sobre la extensión de su dominio para dilucidar la legitimidad y pertinencia de la fe, su secular “contrapartida” en el campo del *lógos*.

No es esta una “maniobra” antirracional -¡lejos de nuestra intención tal actitud!- pues nadie en su sano juicio puede discutir la utilidad y validez de la razón... dentro de su campo y en cuanto permanece referida a sus principios. El problema nace cuando desea ir ella -o se la lleva- más allá de éstos, cuando se extralimita, pues en-

tonces se contradice y echa por tierra esos mismos principios. Es éste el tema de los “límites” de la razón, que ella, precisamente, no admite.

Uno de estos límites es lo infinito. Cuando ella se aboca a él -sea en las matemáticas y la física sea en la metafísica- sus conclusiones se oponen entre sí, lo cual, curiosamente, no es para el racionalismo inconcebible y por lo tanto absurdo (el infinito de una superficie es “mayor” que el infinito de una línea, o el infinito resultante de una progresión geométrica difiere del resultante de una progresión aritmética). O simplemente la razón “no da razón” sobre un punto cuestionado, y entonces el problema al cual se busca una respuesta es declarado -por “impertinente” (en ambas acepciones del vocablo)- carente de sentido.

Habría aquí, al referirnos a contradicciones o incoherencias de la razón, que aducir muchos ejemplos en diversos campos científicos. Señalo -como muestra- sólo unos pocos: el caso de los logaritmos naturales; las entidades físicas simultáneamente ondas y corpúsculos; lo anterior y posterior al tiempo; lo que queda más allá del espacio; las paradojas de la simetría; el escamoteo de situaciones ilógicas al calificarlas de “singularidades” etc., etc. ¿Para qué seguir con la enumeración en un texto no científico como lo es éste? (En mi libro “La poca fe” -Lima, 1993- me he referido con más detenimiento al asunto). El hecho es que la razón, tan necesaria y competente en lo finito y limitado, cuando sale de ese ámbito, revela su impotencia.

A pesar del ambiente sociocultural de nuestra época, encaminada a la idolatría de lo inmediato, material y placentero, siguen siendo, pues lo son por naturaleza, propias del hombre la curiosidad, la nostalgia y el hambre de lo infinito. La trascendencia en que vive -que lo distingue de los otros seres de este mundo- aspira a lo absoluto. Y después de haberle dado explicaciones sobre aquello que configura su quehacer cotidiano y sobre muchas causas y referencias que lo condicionan, la razón se topa, cuando trata de encararse con lo esencial y fundamental, con sus propias limitaciones, que ella misma ignora y, en consecuencia, no admite.

Se halla el hombre entonces ante tres posibilidades básicas (que desde luego pueden revestir muchos matices diferentes):

a) Entregarse a una actitud más o menos frívola: en vista de las dificultades ideológicas o de competencia discursiva que no puede dominar, renuncia a ir más allá del saber de lo inmediato. Se queda con lo que le sirve para ordenar su existencia cotidiana.

b) Asumir -a veces dramáticamente- la impotencia de la razón a resolver los problemas a que se aboca el hombre en su deseo de trascender su contingencia. Un amplio espectro de posibles actitudes se ofrece a sus ojos. Este va desde la sabia y resignada conformidad con la insuficiencia de la razón para penetrar en los “enigmas del universo” hasta la perplejidad ante tan increíble

situación, que en algunos casos lleva a repudiar la razón y a recurrir a las ya citadas extravagancias esotéricas.

c) Buscar otro camino para elucidar el trasfondo de lo visible y patente en que se concilie la razón con su propia insuficiencia. Esta es, para el cristiano, la vía de la fe. Dicho con esta simplicidad, pudiera parecer que se trata de una senda de fácil acceso, por la cual el *homo viator* transitará sin esfuerzo. A veces efectivamente acontece así; es la célebre “fe del carbonero” que se impone por sí sola (aunque hay quienes buscan detrás de ella motivaciones sociológicas). Pero en la mayoría de los casos -en el contexto histórico actual- concurren en la eclosión de la fe diversos aspectos que merecen ser contemplados.

El primero que se ofrece a nuestros ojos es la conciencia de los límites o insuficiencia de la razón humana a que ya nos hemos referido: la comprobación que ella no nos aclara todo y que queda una zona -la que esencialmente importa al hombre- fuera de su explicación. ¿Dónde buscar las respuestas a las preguntas trascendentes? ¿Cómo acceder, cómo *ligarnos* al arcano para que nos acoja? Esa *religatio* nos la proporciona la fe. Ella nos acerca al misterio y -sin violarlo o “desnaturalizarlo”- nos lo hace patente. Pero si ella realiza ese descubrimiento -la Revelación-, en determinados casos se aparta éste de lo que la razón (especialmente en la modalidad del racionalismo) sostiene y proclama.

En veces, por lo contrario, la razón y la fe se confirman mutuamente. Así acontece con los conceptos de la filosofía clásica griega y los dogmas de la religión cristiana relativos a Dios. Cuando esto no sucede, tenemos, frente a frente, para el hombre moderno, de un lado, la aserción de la razón y, del otro, el convencimiento de la fe. ¿Cómo explicar tal contradicción? ¿Cómo resolverla? ¿Cómo encarar este angustioso “problema”? ¿Dónde está la verdad?

La verdad

La verdad: ¡he allí el problema! El conocimiento verdadero responde -y corresponde- a las cosas como realmente son. La mente -el espíritu, el *lógos*- tiene por función encontrar y expresar esa adecuación que es la verdad.

Ahora bien, el adecuarse puede ir en dos sentidos o direcciones: o la mente se adecua a las cosas -la realidad- (inspirándose y respondiendo a ella) o las cosas se adecuan a la mente (reflejando lo que ella expresa). En un caso tenemos el “saber”; en el otro, la “creación”. Ésta, tratándose del hombre, siempre es relativa: produce una novedad valiéndose en una u otra forma de las cosas mismas, combinándolas, manipulándolas, disponiendo sus aspectos en forma original, etc. La creación absoluta -de la nada- sólo es, en cambio, obra del *Lógos* divino.

Saber y creación humanos están pues en la misma línea -la *physis* (naturaleza)-, pero van en sentido inverso. No así la creación divina que tiene una dimensión más, una profundidad que confina en la nada. Lo divino y lo humano son inconmensurables, aunque la unidimensionalidad de éste pueda “encajar” en la pluridimensionalidad de aquél, que lo abarca y contiene, supera y trasciende. Pero no solamente “encaja” lo natural en lo sobrenatural, sino que gracias a este “encaje”, lo natural se supera a sí propio.

Lo mismo ocurre con la verdad: la verdad “natural” se mueve en un ámbito que no tiene la profundidad de la trascendencia misma de la verdad “sobrenatural”, que “ve y va más allá” que ella, que descubre la realidad en una dimensión que no se encuentra al alcance de la naturaleza. Salvo esta diferencia, el saber natural y el sobrenatural muchas veces coinciden; pero -como dijimos- se dan casos (y ellos son de monta) que éste aclara, corrige o niega lo que el *lógos* humano tenía, desde su óptica limitada, por cierto o evidente.

“Naturaleza” sobrenatural de la fe

Fuente de este saber sobrenatural es la fe. Para entender cabalmente su esencia, es menester disipar algunos errores sobre ella. El primero de los cuales consiste en confinarla al ámbito de lo emocional. La fe, desde luego, puede presentarse -como efectivamente acontece- acompañada de vivencias de orden sen-

timental (satisfacción, ansiedad, etc.), pero de suyo es un fenómeno *lógico*, de adhesión a una proposición o juicio, que se considera verdadero.

Permítame aquí el lector una digresión que nos será muy ilustrativa: Autores graves sostienen que la fe -la verdadera fe- consiste en un empuje, arranque o impulso jubiloso del *corazón*. ¿Cómo se explica tal manera de ver? Tiene ella una larga historia.

PHRONEO significa *pensar, comprender, aspirar, atreverse*, una acción anímica en que el *lógos* *no se ha separado aun del éthos*.

La PHRONESIS tiene su sede en el corazón. En griego “corazón”, a parte de KARDIA, se dice también PHREN (de allí que se conozca aun hoy por “nervio frénico” al que sirve a esa región). “Corazón” apunta pues a la sede corporal de la *conciencia lógica y ética* y, por extensión, a la virtud que se supone radicar en él.

Otro error se produce al asimilar la fe a un *valor* por más alto que fuese. Actualmente se habla mucho -en tono ponderativo- de “valores”, que rigen nuestra conducta, orientan nuestros juicios y son respetados (en principio) por todos. Esta visión *axiológica* de la realidad, con sus supuestos metafísicos y anhelos éticos, reduce éstos a la dimensión humana, a una trascendencia *natural*, dentro del mundo y su contexto. La fe, en cambio, al religar a Dios, precisamente, se remite y remite a una trascendencia *sobrenatural* en la cual el hombre se compromete y gracias a este compromiso supera su pertenencia al mundo y sus valores.

Un tercer error estriba en confundir la fe con una *simple creencia*. La fe, si bien una especie privilegiada del género “creencia”, es sobre todo una virtud (una fuerza) *teologal*, lo cual implica

a) que se refiere específicamente a “cosas” divinas o sagradas (se *dirige* a ellas) y;

b) que *proviene* de Dios. (La fe en un remedio que tomamos, la fe que da un notario o la fe de erratas de un libro no son “fe” en el sentido teológico riguroso en que empleamos aquí el vocablo. No lo son tampoco las supersticiones o simples aceptaciones de relatos maravillosos, etc.).

Finalmente y cuarto, no es la fe un fenómeno “subjetivo” que cada persona tiene, produce o admite, como algo propio -intransferible e individual- sino una relación (*religatio*) con Dios, que como tal trasciende al “individuo” en todos los sentidos: en lo alto (hacia Él) y a lo ancho (hacia los demás creyentes); se trata de una relación de *confianza*, de intimidad y entrega *compartidas*.

¿Qué es, entonces, la fe? Ella es fundamentalmente un *don* de Dios, por tanto gratuito, que el hombre -en ejercicio de su libertad y libre albedrío- acepta (aspecto *lógico*) y hace suyo (aspecto *ético*)...o ignora o aún rechaza. Está pues en una dimensión que rebasa la psicología humana, dimensión que, desde luego, supone a la realidad anímica *natural* (que *no* abarca *toda* la entidad del alma). El exceso *-plus-*, que escapa a la psi-

cología y sus leyes, es obra de la Gracia: pertenece al ámbito de lo sobrenatural. De esta suerte, para que haya fe, es necesaria la colaboración de Dios y del hombre, de Aquel que la ofrece y dona, y del que la acepta y recibe. Lo cual no excluye que el don pueda ser implorado: es el “deseo de la fe”, que a su vez es sugerido por Dios. Y este deseo es ya un conato de fe.

Vale la pena detenernos en esta idea, pues incide en un punto que nos sugiere una nueva interrogación: ¿este conato o empuje se dirige al simple hecho de tener una creencia -se quiere *creer*, sea lo que fuere el contenido de este creer- o, conociendo ya determinados puntos definidos de la fe, se aspira a adherir -con el favor de Dios- existencialmente a ellos? Esta pregunta nos muestra, en un caso concreto y bastante común, la distinción entre el *acto* y el *contenido* de la fe.

También en el saber científico, existe esta distinción: en el conocimiento, que es racional, tenemos la *noesis* (el hecho de conocer) y el *noema* (lo conocido). Pero aquí la “curiosidad”, el humano empuje a saber -el hambre de conocimiento-, se realiza sin tener una idea precisa de lo que se va a conocer, por lo contrario la “curiosidad” espera una “sorpresa” (aclaratoria de todo el contexto problemático) como resultado de la investigación. Esto -desde luego- sin perjuicio de ciertas anticipaciones precientíficas existentes en diversos campos del saber.

En el *deseo* de tener fe no se presenta generalmente esta tensión de “curiosidad-sorpresa”. El que aspira a tener fe casi siempre sabe de antemano cuáles son las verdades en las que quiere creer. Y esto es así porque la distinción entre “contenido” y “acto” es de diferente naturaleza tratándose de la fe y de la ciencia. En aquella es de carácter teórico (y sirve para comprender mejor el “mecanismo” de la fe); en la ciencia, en cambio, no es solamente una distinción teórica -propia de la fenomenología- sino fundamentalmente práctica, pues contribuye a configurar la marcha eficaz de la investigación filosófica o científica.

El acto de fe no es pues descriptible y comprensible a partir de los esquemas que rigen el conocimiento racional, ni desde el punto de vista meramente lógico, ni menos aun psicológico. La “razón” -causa o motivo- es muy sencilla: la fe rebasa la esfera natural y entra en una región con diferentes “mecanismos” y otra “economía” de los que valen en ella. Es el ámbito sobrenatural de la *Gracia* y del *misterio* al cual *también* -y esencialmente- pertenece el hombre. Aunque suene a paradoja, la fe es, “por naturaleza”, sobrenatural.

Razón y fe

Nos lleva esta comprobación a formularnos la pregunta crucial: ¿Cuál es la relación entre verdades de la razón y verdades de la fe? Vale decir:

¿Hay una sola verdad o varias verdades -o niveles de verdad- sobre lo mismo? ¿Cómo se “coordinan” tales discrepancias? ¿Cómo un *plus* frente a la razón sigue siendo racional? Es este el tema “razón y fe” que ha hecho correr tanta tinta, y del cual sólo podemos decir aquí -por ser pertinente a nuestra argumentación- que en la fe, en virtud de un testimonio *fidedigno* -natural o sobrenatural-, aceptamos una verdad a la cual, por la mera razón, no hubiéramos prestado nuestra adhesión.

La palabra clave es aquí *testimonio*. Testimonio en su sentido más amplio, que puede ser dado por una persona humana, por un ser sobrenatural o por un hecho (o cosa). La fe se *basa* en un testimonio, en algo percibido por nuestros sentidos, se apoya sobre ellos. Es la vertiente *natural* de la fe, algo *profano*, de “este mundo”, que señala y lleva al ámbito sagrado -al *fanum*- a lo sobrenatural.

Un hombre -digamos san Mateo- me da un testimonio *fidedigno*, que considero humanamente “increíble” y, sin embargo, lo creo; un hecho extraordinario -un milagro (i.e. que carece de explicación por las leyes de la naturaleza)- me señala (= es signo) una realidad “fuera de razón”, y la acepto. Creemos lo que nos dice Cristo: Él nos da testimonio de lo que ha “visto y oído en el Cielo”, de donde viene; creemos lo que atestiguan los apóstoles de la vida y obras de Jesús; los discípulos creen en Él porque sus milagros son signo de que es el Mesías. La vertiente *sobrenatural* de la fe estriba en esta adhesión no abonada por la razón (discursiva) sino

por un testimonio distinto y superior a ella. Esta “superioridad” e inmediatez entre el signo y lo creído constituye, precisamente, la esencia de la fe y es el don gratuito de Dios. El aceptar como fidedigno un testimonio, que la razón natural no admite, configura el acto unitario y sin embargo bifronte (o “anfibia” natural / sobrenatural) de fe.

Estos ejemplos nos llevan a preguntarnos: ¿Qué ocurre cuando la razón sostiene algo diverso de la fe? Pueden darse dos situaciones. Veámoslas, una por una, gracias a dos nuevos ejemplos.

1) La razón, a base de su experiencia, sabe que los muertos no resucitan. Sin embargo, Cristo ha resucitado, como nos lo enseña la fe. Esta afirma así que las leyes naturales han cedido en este caso ante una ley superior (la voluntad de Dios), lo que nos coloca ante un conflicto de *leyes*, que a su vez nos lleva a cuestionar la validez de una y otra, y, en especial, el carácter, pretendidamente absoluto, de la ley natural.

2) Nos dice el Génesis que Dios creó el mundo en 6 días y nos pormenoriza las diferentes etapas de su acción. La ciencia -de acuerdo con sus investigaciones- ve la evolución del universo y de la vida de diverso modo. ¿Cuál es la verdad? Aquí la *solución* está en la diferencia de *lenguaje*: mítico el uno, científico el otro. Lo que lleva a la diversidad de la intención de ellos y a la -ya anteriormente aludida- distinción entre los niveles de las verdades.

En ciertas épocas se contraponían -agresivamente- los resultados de la ciencia a las verdades de la fe. En otras, se realizaban esfuerzos -de ingenio y buena voluntad- para armonizarlas, y después -a la luz de descubrimientos arqueológicos- para *concordarlas* entre sí. (No quiero extenderme sobre estos temas que he tratado en “La poca fe” (Lima, 1993) ya citada, en los capítulos “Mito y misterio”, “La fe: opción del hombre moderno” y “El horizonte mítico y la transcendencia divina” incluidos en “Crisis de la aldea global” Córdoba (Argentina) 2000.

Pero volvamos al primer ejemplo y abordémoslo a través de una pregunta tangencial: ¿Por qué se recurre a la fe? En un mundo como el nuestro de la eficacia inmediata y de un materialismo hedonista y matematizado, de “zapping” y ligereza (= velocidad y liviandad), cuyo lema podría ser “save the surface and you save all” ¿no basta acaso la razón para explicarnos lo que nos *interesa*? Hemos aludido ya a ello en estas páginas: por más deshumanizado que esté el hombre, perdura en él el hambre de lo absoluto.

Quiere -a veces- saber más, busca ir más allá, llegar a más hondo, ser más sí mismo, en una palabra trascender lo inmediato, elevarse y comprenderse, sobrevivir y entregarse a una causa que justifique su existencia. Como se dice ahora: dar sentido a su vida. Y por ese camino tropieza con preguntas a las cuales no es capaz de responder la razón con todo su saber científico y por más que escudriñe la ley natural.

Dejemos de lado las “singularidades” y paradojas con que éste -el saber científico- nos deja perplejos. Re- tengamos que ellas muestran la incapacidad de la razón para resolver *todos* los problemas *científicos*, y dirija- mos la mirada a las cuestiones *transcendentes*: ¿Por qué existe el universo? ¿Por qué rigen en él las leyes que conocemos -sus constantes físicas- y no otras? ¿Cuál es la situación del hombre en él? (Ruego al lector no es- candalizarse y creer que esta pregunta -reputada inge- nua- ha sido superada desde Copérnico pues el “princi- pio antrópico” es discutido actualmente por los físicos.) ¿Hay una “dirección” -o plan- más allá del “azar y la necesidad” en la evolución? ¿Tiene el hombre una fina- lidad que cumplir? ¿Por qué es fecundo el amor? Y así sucesivamente... ¿Qué puede responder la ciencia a todo ello? Tras sabihondos y fútiles argumentos para *evadir* la cuestión (“son preguntas sin sentido” y otros) se es- conde el fracaso del pensamiento humano ante las últi- mas (= primeras) y abscónditas causas, ante el arcano.

La fe descubre *-re-vela-* algo (una verdad, una rea- lidad, una situación) que se halla oculta *-velada-*, es decir hace patente lo sobrenatural que se hallaba latente (LETHE = escondido), y a lo cual no tiene acceso la razón con la ciencia de los hombres. El arcano aparece en su verdad (ALETHEIA). Pero ¡cuidado!: La fe no *aclara* ni viola la intimidad del arcano, y convierte así en evidente lo insondable; nos proporciona un saber *-adecuado a la limitación* de la mente de los hombres-, un saber “al modo “ y alcance del que lo recibe.

Pero, alegrará el racionalista ¿en qué supera la fe a la ciencia si ambas llegan a un tope, que impide una aclaración a fondo y total de la problemática planteada? ¿Qué diferencia formal hay entre decir que la luz es onda y corpúsculo a la vez y que Dios es trino y uno? ¿No hay en ambos casos contradicción en los términos del juicio? La diferencia *no* está en la estructura del juicio sino en la actitud frente a él. La ciencia considera que esta “singularidad”, a la cual ha llegado por la investigación y argumentación metódicamente irreprochable, es legítima, y trata de encuadrarla dentro de sus principios y axiomas... y declara -ante la sorpresa del “lego”- que nada tiene de sorprendente y que por lo tanto es plenamente aceptable y recibida. Y tan es así que “trabaja” con la “singularidad”. Su utilidad resulta elevada a prueba de su verdad. La ciencia ha llegado a un tope -un “absurdo” útil- y está satisfecha con ello. *No* sabe -o si lo sabe, lo olvida- que está ante una verdad contrahecha, que socava sus fundamentos teóricos, una opacidad, un punto oscuro, y lo acoge en su sistema, lo normaliza. Se ufana de ello, si no nos lo presenta como una hazaña de su capacidad epistemológica. Y de esta suerte se queda en la superficie de la realidad cuestionada.

¿Ocurre lo mismo con la fe? Su actitud es muy otra. La fe *sabe* que se halla muchas veces ante lo incomprendible, oscuro, y al llegar allí no pretende aclararlo, ni considerarlo como algo “normal”, tiene conciencia de que es un *misterio*, algo que sobrepasa las posibilidades intelectuales humanas (precisamente por

ser sobrenatural) y lo acepta como algo que *no* comprende pero que es así. ¡La luminosa nube del saber que no se sabe! Lo impenetrable perdura secreto en el misterio, que *humildemente* se venera. La ciencia sucumbe a la tentación de ser soberbia; la fe tiene la vocación de la modestia.

Ella reviste así un carácter de necesidad ante la presuntuosa impotencia del razonar científico para llegar al trasfondo de la vida y de las cosas, necesidad no siempre advertida, pues se halla a menudo recubierta por las urgencias de la inmediatez y la superficialidad, del ajetreo propio de nuestra sociedad actual. Esta necesidad requiere ser hecha presente -y punzante- por la *Gracia* de Dios, don que -como sabemos- ha de ser aceptado y asumido por el hombre, convertido en creyente. La aceptación, que compromete a *todo* el hombre, personal y *existencialmente*, tiene -por eso mismo- también una dimensión *racional*, en virtud de un convencimiento, de una probanza que pone en marcha la razón. Estamos ante el *testimonio*, en que se apoya la prueba, a que ya hemos hecho referencia.

¿Cuál es la prueba fundamental de la fe cristiana?
¿Cuál el testimonio esencial de la *divinidad* de Jesús de Nazaret, judío galileo contemporáneo de Augusto? Y así llegamos al segundo eje de nuestra respuesta.

3 LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

Ya lo hemos recordado: nos dice categóricamente san Pablo que vana sería nuestra fe si Cristo no hubiera resucitado. Los difuntos no resucitan en este mundo. Es cierto que algunos han sido vueltos a la vida (sujeto *pasivo* de una acción), y este hecho constituye un *milagro* de aquel a quien se debe la resurrección, un milagro de *otro* -profeta, taumaturgo, santo- que lo realiza. Milagro en que algunos creen y otros no creen (sea por que nieguen que previamente hubiera habido muerte, sea porque consideren que se trata de una ilusión -de buena fe- del testigo o de un engaño -doloso- de éste o de interesados en el fraude). Pero *resucitar* por *sí* mismo -después de haber verdaderamente muerto- es más que un milagro, como lo prueba la experiencia de siglos: ¡es algo imposible! como con “razón” se diría.

En el caso de Jesús los testigos lo acreditan. Su *muerte* fue comprobada por muchos, entre ellos los soldados (no le quebraron los huesos porque estaba muerto; del costado traspasado salió sangre y “agua” (fluido linfático), lo que es prueba de ausencia de vida. Su *resurrección* también fue notoria: lo han visto con sus ojos -hasta lo han visto comer- y lo han tocado con las manos

apóstoles, discípulos, las santas mujeres, en Jerusalén, en Emaus, en Galilea. Ha ocurrido lo “imposible”. Lo atestiguan quienes lo vieron y tocaron y los evangelistas registran estos testimonios.

Desde luego que la exégesis liberal pone en duda y rechaza estos hechos, como lo hicieron otrora los judíos contemporáneos de Jesús y siguen haciéndolo los infieles: hablan de robo del cadáver por los cristianos, de supervivencia del supliciado al martirio, de conjuración de los discípulos, de falsificación de testimonios, etc.

El creer en la resurrección de Cristo tiene así dos vertientes: (a) el creer en los fundamentos humanos de ella, es decir en los *testimonios* que la acreditan: primero, en la percepción efectiva de los testigos oculares y, después, por el relato auténtico de ésta -lo que contaron- y su transmisión hasta nosotros. Y (b) como consecuencia, el *aceptar* como verdad un hecho insólito, naturalmente imposible, que supone la intervención directa de Dios: el Padre resucitó a Cristo, al tercer día, de entre los muertos. Creer es pues aceptar (a) el testimonio humano y (b) la acción sobrenatural de Dios.

Es evidente que para asumir, en su conjunto, ambas vertientes de la creencia en el milagro de la Resurrección se requiere de la Gracia divina. Evidente es también en la primera de las vertientes -el recibir el testimonio-, la razón puede operar según sus criterios: rechazarlo o simplemente tomar nota de él, si no le convence.

En cuanto a la segunda vertiente, el asunto se presenta en diferente manera: la acción divina va en contra del conocimiento experimental y natural. La Gracia es aquí determinante y decisiva para creer en que un hombre resucite espontáneamente, lo que sólo puede imaginarse por intervención directa de Dios... o porque es Dios. De esta manera el *hecho* creído se hace misterioso, se constituye en *misterio*, como también lo es la muerte de Cristo, por ser al par Dios (inmortal) y hombre verdadero.

Algunos de sus contemporáneos y gente de la generación inmediatamente posterior acordaron a la Resurrección una fe *mitigada* y se hicieron la siguiente reflexión: Para que el Cielo conceda a alguien el privilegio de resucitar, es obvio que debe tratarse de un “hombre de Dios”, de un profeta, quizás del Mesías, con una misión específica de Dios, y por lo tanto es digno de todo crédito y respeto (es el “profeta Jesús” que venera el Islam).

Pero Cristo dijo que era Hijo de Dios, el Mesías anunciado en la sagrada Escritura, que Él estaba en el Padre y el Padre en Él: que Él era Dios. Pudiera parecer que hay una contradicción entre estos dos enfoques: de un lado, el “hombre de Dios” -el “hijo del *hombre*”- que es el “servidor”, fiel hasta la muerte, anunciado por los profetas, que nació en Belén, transitó haciendo el bien por los caminos de Galilea y Judea y fue condenado a morir en la cruz; y de otro lado, el Hijo de *Dios*, consustancial al Padre, inmortal y todopoderoso.

El misterio de la Resurrección de Cristo nos lleva así al de su Encarnación, al hecho que *Dios se hiciera hombre*. Reúne Jesús las dos naturalezas -la divina y la humana- en su Persona, inseparables en Él pero inconfundibles. La “solución” de la contradicción planteada por la Resurrección se halla en el misterio de la Encarnación. Cristo abandona el sepulcro y vuelve a vivir en este mundo tanto porque Dios lo resucita cuanto porque él mismo es Dios (en el Nuevo Testamento se encuentran ambas formulaciones). Con lo que llegamos a un nuevo misterio: el misterio trinitario, de Dios trino y uno -tres Personas distintas y un solo Dios verdadero-, que “explica” la Encarnación. Y así podríamos seguir, señalando la continuidad y conexión con otros dogmas cristianos.

En suma: la fe en la Resurrección de Cristo es la base y la clave de la aceptación de las demás verdades de la fe. Por ella tenemos el testimonio de la *divinidad* del Salvador, que “garantiza” todas las enseñanzas de su Religión. La credibilidad de éstas depende de la veracidad del Maestro y esta veracidad sólo es absoluta si el Maestro es Dios, y sólo la Resurrección de Cristo nos certifica de su divinidad. El creer en su Resurrección es así la piedra de toque y fundamento de la fe cristiana. ¡Vana, en efecto, sería nuestra fe si Cristo no hubiera resucitado!

La fe nos lleva a reconocer el hecho -misterioso- de la Resurrección y ésta a su vez es la garantía de nuestra fe. ¡Petición de principios! exclama -con espanto- el

incrédulo. La soberbia de ~~la razón no acepta~~ sino lo que ella entiende. La humildad, que da precisamente la fe, admite lo que la sobrepasa, el don de Dios -a veces implorado y a veces imprevisto como un relámpago en un cielo despejado- que se impone como un todo coherente y armónico y que se justifica por sí propio. Y no sólo lo admite sino que lo agradece y venera.

Estamos ante dos actitudes, en que el hombre decide con su vida, opuestas e irreductibles, aunque a menudo acompañadas -las dos- de dudas y vacilaciones, pues el ateísmo radical y apodíctico, aun en el mundo de hoy, no es tan común como pudiera pensarse, y la fe -como lo acreditan hasta los más grandes místicos- siempre es deficiente o vacilante.

Indudablemente, cuando el problema se plantea en toda su tensión, el decidirse por uno u otro extremo -fe o incredulidad- es ardua y dramática disyuntiva. Y así se hace más patente la Gracia de Dios, cuando el hombre se inclina por la fe. El contenido de ella se presenta, por lo pronto, como algo imposible o improbable, que suscita justificadas dudas. Así los apóstoles, cuando Cristo -después de su resurrección- se apareció en el lugar en que estaban reunidos, creyeron que se trataba de un espíritu o fantasma y él tuvo que convencerlos dejándose tocar y comiendo delante de ellos (el que los apóstoles desconfiaran al comienzo confirma la veracidad del relato, y -dice san Agustín- corrobora las bases de nuestra fe en la Resurrección).

Pero, una vez aceptada la Resurrección, el dogma angular y más difícil de creer, los demás se enlazan fácilmente con él, como algo sobrentendido y “natural”: la filiación divina -la Encarnación por obra y gracia del Espíritu Santo-, la Ascensión a los cielos, los milagros... todo ello es una cadena cuyos eslabones están sólidamente unidos. La fe “selectiva” -que cree en unas verdades y rechaza otras- de la que se ufanan algunas personas carece, por ello, de coherencia y generalmente se debe a una satisfecha superficialidad en el enfoque de las “cosas del espíritu”.

Por ser la resurrección del Señor la matriz de la fe cristiana, constituye el día en que se celebra -el domingo de Pascua, seguido de su octava jubilosa- la festividad máxima de la Iglesia de Cristo, que repercute en todos los domingos del año litúrgico. Toda la vida de ella se ve -por así decir- inmersa en su júbilo que es el júbilo de la Redención. La dogmática católica fluye, pues, de este humanamente increíble *hecho histórico*, y está referida a él como al fundamento de su credibilidad. Los dogmas se basan generalmente en *textos* de las Sagradas Escrituras o a veces en una deducción lógica, conforme a la *tradición* de la Iglesia, que lleva a una definición por el Magisterio de ella.

Tomemos un ejemplo de este segundo caso: los dogmas de la Mariología. La Resurrección de Cristo implica su divinidad, ésta a su vez sólo es posible si es Hijo de Dios, (y por lo tanto consubstancial al Padre), que -como sabemos- fue concebido, por obra y gracia

del Espíritu Santo, por una “virgen llamada María” (Luc.1.27). Ahora bien, conviene a la dignidad (*decet*) del Verbo que no tuviera mancha alguna de pecado, y por lo tanto que su madre (de la cual “tomó carne”) esté exenta del pecado original: de allí la inmaculada concepción de María (dogma proclamado por Pío IX en 1854). Es ésta así una persona humana teológicamente excepcional, de lo cual se sigue, al momento de morir, su ascensión en cuerpo y alma a los cielos (definido en 1950 por Pío XII). Un ejercicio conceptual semejante podríamos hacer con otros artículos de fe: siempre encontraremos una vinculación más o menos directa con la Resurrección.

Todo ello nos muestra que la fe no solamente nos revela los misterios que atañen a los primeros principios y últimos fines, sino que, nos descubre aspectos anagógicos de la realidad de nuestra vida. Pero hay algo más: llegamos a comprender, “por sus mecanismos” y sus vías, que ella misma es un misterio. El *mysterium fidei* (misterio de la fe) se refiere tanto a los misterios que nos descubre la fe cuanto al propio descubrimiento, es decir a ella misma.

4 LA EUCARISTÍA

La liturgia católica -en la aclamación del Canon de la misa- reúne en el *mysterium fidei* la proclamación de la muerte de Jesús, la celebración de su resurrección y la expectación de su venida en gloria y majestad. La muerte pertenece a lo pasado (un hecho histórico ocurrido en Jerusalén durante la administración de Poncio Pilatos); la resurrección domina lo presente (Cristo está vivo entre nosotros); la Parusía (su advenimiento al final de los tiempos) se sitúa obviamente en lo futuro.

Estos tres aspectos del misterio son pues inseparables y uno remite al otro: la muerte es condición de la resurrección de Jesús; mas también su muerte -la muerte de Dios hecho hombre- exige la resurrección. Esta empero sólo llegará a su culminación en la gloriosa aparición y *evidente* presencia (que eso significa “parusía”), de Cristo. Actualmente -aunque con nosotros y en nosotros- se encuentra el Señor oculto en la Eucaristía (bajo las especies de pan y vino) y latente en su Cuerpo místico, que es la Iglesia.

La Resurrección nos acompaña durante toda nuestra vida pues a ella estamos incorporados quienes en el

bautismo hemos muerto y resucitado con Cristo. Y en el sacrificio de la misa renovamos y reactualizamos estos dos misterios -muerte y resurrección- viviéndolos y reviviéndolos místicamente, gracias a la *liturgia*, que es obra y servicio a la gloria de Dios.

La Resurrección, en el desarrollo teológico de la fe, señala directamente hacia la Eucaristía, punto central de nuestra vida cristiana. Es ella la *acción de gracias* (que eso significa EUKHARISTIA), precisamente, por la muerte redentora y la resurrección triunfante de Cristo, que las actualiza y prolonga en la temporalidad de este mundo, y es así fuente de Gracia. En ella no solamente se conmemora y reproduce sacramentalmente la pasión y el sacrificio de Jesús en la Cruz, no sólo se renueva la Cena del Señor dándose como alimento -“mi cuerpo es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida”- a sus hermanos (que así llama Él a sus discípulos), sino que se afirma su presencia entre ellos, presencia permanente y protectora en el Reino de Dios que es la Iglesia. Cristo nos acompaña -desde dentro y desde fuera- en las vicisitudes de este mundo: se identifica con nosotros, de modo que seamos cada uno “un otro Cristo”.

No explicitaremos aquí todo el significado teológico de la misa -*opus* litúrgico en el que y por el que se (re)produce el sacrificio de Cristo y la acción de gracias por la Redención-, pues ello excedería los límites y la intención de este opúsculo, sino nos contentaremos con subrayar -a parte de los ya referidos- unos pocos aspec-

tos esenciales de ella en el edificio doctrinal de la Iglesia católica.

a) En tanto que actualización de la obra salvífica de Cristo a favor del género humano, la Eucaristía es fuente de Gracia sobrenatural: impetra y comunica *fuerzas espirituales* a los fieles para afrontar las tribulaciones, peligros y tentaciones de este mundo, y cumplir así con sus deberes y anhelos anagógicos. Es permanente triunfo sobre el pecado y el Mal.

b) Siendo el hombre creado por Dios -una exteriorización de su Amor-, el sentido de su existencia es servirlo y alabarlo: darle permanentemente gracias por su inmensa gloria. No es otra la “función” transcendente de toda la Creación. Ahora bien ¿qué otro modo más perfecto de bendecir y loar al Altísimo puede imaginar el hombre que incorporarse a la alabanza que, con su sacrificio en la Cruz, ofreció a Dios su propio Hijo? Y esta *glorificación* de Dios, en su altísimo esplendor, se realiza en cada una de las misas que se celebran, por más modestas que parezcan las circunstancias externas que la rodeen. (Yo mismo he vivido esta realidad al asistir, hace muchos años, en Aqaba -*in partibus infidelium*, en Jordania, frente al puerto israelí de Eliat- a una celebración de la Eucaristía en la máxima pobreza material de una humilde capilla. Jamás -ni durante los más solemnes oficios en la basílica San Pedro en Roma- he visto tan palpable y más altamente proclamada la inmensidad de la gloria de Dios).

c) La Eucaristía es el *centro de gravedad* de la religión y de la vida cristianas: hacia ella confluyen todos los componentes de éstas, sean teológicos, culturales morales o existenciales. En efecto, los demás sacramentos y acciones litúrgicas vienen de la Eucaristía o dirigen a ella y se vinculan íntimamente -en su sustancia- a la misma. El culto divino, las obras de misericordia, el recto proceder en el mundo, los sacrificios personales que éste nos impone día a día, los trabajos y satisfacciones, cuanto forma parte del peregrinaje que va del nacer al morir, se orienta para el cristiano hacia Dios, cuya presencia entre nosotros -tangible pero misteriosamente- se efectúa gracias a la Eucaristía.

d) La “comunión” -como usualmente se dice-, esto es el recibir los fieles el Cuerpo (y la Sangre) de Cristo en forma sacramental bajo los accidentes de pan y vino, no sólo incorpora al hombre en la acción *divina* del sacrificio de la Cruz sino también lo confirma y consolida en la *comunidad humana* y fraternidad del Cuerpo místico del Salvador, que es su Iglesia. La Eucaristía es el manantial del agua viva que ofreció Jesús a la samaritana.

No se puede atribuir pues a la Eucaristía el carácter de una “devoción”, de un impulso en que se satisface un requerimiento emocional, sino conviene tener presente que - dentro de la condición de misterio asumido tanto en la intimidad personal cuanto por la comunidad de fieles- es el núcleo y clave del Reino de Dios en la tierra, que tiene su expresión y símbolo en la Cruz de Cristo.

5 LA CRUZ DE CRISTO

La Cruz resume el misterio de la Redención del género humano, que se completa en la Resurrección de Cristo. En síntesis: la predicación de Jesús a través de lo que antes conocíamos por “Tierra santa”, su anuncio de la Buena Nueva, los milagros -signos- que realizó, lo llevaron finalmente a ser acusado y juzgado en Jerusalén, juicio que determinó su condena a muerte y, por añadidura, los diferentes sufrimientos de su pasión. Esta culmina en el suplicio, agonía y extinción de su vida terrena en la *Cruz*. La muerte de Cristo es, evidentemente, condición de su gloriosa resurrección, de la cual fluye, a su vez, la vuelta al Padre en su ascensión a los Cielos (término que, en lenguaje bíblico, significa la trascendencia sobrenatural a este mundo).

Repitémoslo: toda la dogmática (las verdades de fe) de la religión cristiana se construye al rededor de este núcleo (pasión, muerte y Resurrección) y el culto divino se refiere como a su fuente a la representación y perpetuación de estos misterios, fundamentalmente por la Eucaristía.

Así como en lo alto del Calvario se yergue el *leño* que fue instrumento del suplicio del Redentor, así esa misma *Cruz* es el punto de convergencia de los diversos elementos de la fe cristiana, el *signo* que domina el pensar, sentir y actuar (moral y práctica) de los discípulos de Jesús. Constituye el *lugar* en que -por así decir- la *tierra*, redimida por la sangre del Cordero Pascual, toca el *Cielo*, y supera su naturaleza limitada en la infinitud de la gloria de Dios.

Y aunque parezca paradójica, la Cruz que significa y opera la trascendencia del hombre más allá de sí propio, la Cruz -esa misma cruz- encierra en sí todo lo humano, el caudal existencial de esa criatura caída -y redimida- que somos cada uno de nosotros, con todos sus dolores, angustias, anhelos, pecados... Es el símbolo de la injusticia humana -encarnada en Herodes, Caifás, Pilatos y una multitud ebria de odio-, de los padecimientos inmerecidos, de la ira y la venganza, de la befa y el oprobio. La vida del hombre es una cruz, pesada e inclemente -con algunos intermedios de luz, como el que ofreció Verónica a Cristo- que ha de llevar por el camino de su existencia, pero también la Cruz nos llena de esperanza, nos trae el perdón, nos lleva a la vida eterna. Ella recoge la miseria y, convertida en plegaria, se la ofrece a Dios. El Cristianismo arraiga en la realidad de este mundo, es levadura que lo levanta; gracias a él, la humanidad se “diviniza” y alcanza su auténtica naturaleza humana. Y de todo ello es símbolo la *Cruz*.

La religión cristiana, al superar lo humano, no des-humaniza sino profundiza en lo humano, lo esclarece y lo eleva de modo que el hombre se supere a sí mismo, gracias a la acción divina. Dios se hizo hombre, y Cristo -siendo Dios- sufrió como hombre, llevando consigo, al superar su humanidad en la Redención, a sus hermanos (discípulos de ayer y de hoy), de los cuales cada cual es “otro Cristo”.

La historia nos lo enseña que, desde hace 2000 años, cuando un “humanismo” se desprende de la trascendencia divina poco a poco se des-humaniza. Piénsese en el liberalismo -heredero del Renacimiento, “descubridor” del hombre”- que deja, precisamente, de lado al hombre para privilegiar el mercado; en el humanismo de la Revolución francesa, que justificó el Terror y el genocidio de la Vendée; en el hasta hace poco tan celebrado humanismo revolucionario marxista, que terminó estableciendo campos de concentración y “liquidó” a millones de hombres sujetos a “reeducación”.

En cambio ¿qué base más sólida para los “valores” humanos, introducidos por el Cristianismo y hoy -aunque en peligro- vigentes en el mundo occidental, que la creación del hombre a imagen y semejanza del Creador? ¿Qué mayor dignidad que ser hermano de Cristo, en virtud de la encarnación del Verbo? ¿Quién más libre que quien fue redimido del Mal por Jesús? (“Redimir” -consúltese el diccionario de la Real Academia Española- significa “rescatar o sacar de la esclavitud al cautivo mediante precio”, y el precio en este caso es la

sangre del Redentor en la Cruz). ¿Qué criatura será titular de derechos superiores y más sólidos que aquellos que posee el hombre, al cual dio Dios el “dominio” de todo en la tierra? Y ¿quién con mayor responsabilidad de cuidarla y conservarla que esa misma criatura en cuyas manos fue confiado el orbe por el Hacedor de todas las cosas? Los derechos humanos, las libertades cívicas, las obligaciones ecológicas, etc. -y también los respetos y deberes- del hombre pertenecen al caudal axiológico del Cristianismo: a lo largo de veinte siglos los ha sostenido y defendido, con sacrificios heroicos a veces y -¡ay!- con flaquezas y dimisiones en otras.

A la luz bienhechora de la Cruz lo humano se humaniza más, porque se “diviniza”: alcanza sus más altas virtualidades al ser fiel a sí mismo, porque en lo hondo del hombre se halla su Creador, que es la meta de su existencia. Es un ciclo que se cierra al abrirse, que avanza al arraigar, que se consolida en el desinterés del Amor. El misterio *-Deus absconditus-* se revela acogiendo en su propio seno: su secreto consiste en no serlo, en no ser enigma, sino resplandor a todos accesible en la confianza. El cristiano es el confidente -el que tiene confianza *en* Dios-, y por ello el confidente *de* Dios, aquel al cual Dios ha confiado su secreto. El Cristianismo es la religión de la recíproca confianza, de la fidelidad. Dios es fiel; han de serlo también sus “fieles”, que en ello se pone a prueba la fe.

La respuesta

Con estos elementos -pocos pero suficientes- ¿podremos dar una respuesta a nuestra pregunta? ¿Cómo se puede hoy ser cristiano? El espíritu analítico, propio de la interrogación, no se cubre totalmente con los “mecanismos” de la existencia humana, de suerte que a veces divergen o se oponen. Y, por añadidura, la fe (que viene de lo Alto) excede a ambos y no se halla limitada por las contingencias de ellos.

Sin embargo nada impide hacer un intento, que siempre representará el conato, esbozo o derrotero que pueda ser útil a quien se ha planteado la pregunta. Por lo pronto, cabe recordar que para ser cristiano es condición previa -pero que nunca falta- la concurrencia de la Gracia de Dios. El hombre solo no puede nada; con Dios lo puede todo.

De otro lado, urge tener presente que el Cristianismo no es una vaga ideología o cosmovisión humanitaria o filantrópica, en que -como en un supermercado- se puede escoger la “mercadería” que por el momento “interesa”, sin otro compromiso que pagar en la caja (echar unas monedillas en el cepillo). No, el Cristianismo es una actitud vital, que responde a un cuerpo de doctrina, una *religación integral* con lo trascendente y divino, gracias a Cristo: constituye un compromiso que imprime carácter en el hombre. Desde luego que es un compromiso siempre deficiente, dado que la imperfección propia de la humanidad determina que la re-liga-

ción siempre falle, y esto por el cabo que sujetamos los creyentes. Pero como al otro extremo de la cuerda se halla Dios -que siempre es fiel- podemos contar aun en los casos más desesperados con su misericordia infinita.

Aclarados estos puntos, el camino, para emprender la respuesta a la pregunta “¿Cómo se puede hoy ser cristiano?” se presenta libre ante nuestros ojos.

En el mundo de hoy, que ha erigido por ídolos al dinero y al placer fácil, donde todo se sacrifica a la eficacia y la inmediatez (en el tiempo y el espacio), en que abundancia y bienestar conviven con la violencia y miseria, y la libertad consiste en seguir lo que hacen los demás y nos sugiere la publicidad, en este mundo que se cree en el ápice de la civilización porque ha logrado desarrollo económico y mundializado el mercado con pérdida de la noción de bien y mal, hay todavía gente que duda que la autoproclamada excelencia de la modernidad. Son los que piensan... y los que sufren.

Quizás el lector sea uno de ellos. Desde luego confía en la razón para orientarse en este laberinto, y en la ciencia para aclarar ideas. Hace bien, pues hay que tener piso firme bajo los pies. A veces, sin embargo -y como hemos visto-, razón y ciencia fracasan en su cometido: no penetran más allá de lo obvio en sus explicaciones. No convencen. No penetran en lo hondo, no vuelan alto. ¿A dónde dirigir la mirada en busca de la verdad?

Quien se encuentra en esta situación de insatisfacción perplejidad, *ése* puede ser *hoy* cristiano. Ese puede dar la respuesta a la pregunta ¿Cómo se puede hoy ser cristiano? ¡Ese puede darla: *siéndolo!* El espíritu analítico -que lo llevó a esta encrucijada y que no lo ha abandonado- exigirá una base sobre la cual apoyarse para acertar en el hasta ahora vacilante buscar. Un hecho tangible y confiable, a partir del cual pueda justificarse “aquello que no se ve”.

El Cristianismo ofrece este hecho, un hecho misterioso. Atestiguado por un grupo de sus contemporáneos -los apóstoles- que vivió en el siglo I: la resurrección de Jesús. ¿Quién es Él? se preguntaron atónitos ¿Son dignas de confianza las aseveraciones de sus valedores? nos interrogamos nosotros. Concentrémonos en este punto: Para volver a la vida -salir del sepulcro por sí mismo- es necesario ser *más* que un hombre. Y Él lo es: lo acreditan su vida y su muerte. Es el Mesías, el Hijo de Dios, Dios hecho hombre. Con el favor del Cielo se puede dar crédito a la palabra de los testigos bíblicos y tener fe en Cristo. Él nos dice la verdad tanto buscada, la verdad que trasciende a las verdades humanas y terrenas. ALETHEIA -verdad- significa “descubrimiento”. Él nos descubre lo que estaba oculto desde el principio de los tiempos, más allá de los siglos, en la Eternidad.

Lo primero es así la *fe*. La fe en Cristo. La fe en lo que nos dice Cristo. Y esta fe se funda -humanamente- en que ha resucitado. La *Resurrección* confirma nues-

tra redención por Él y todos los misterios que la fe en Él nos descubre. Y en la Resurrección del Señor se funda nuestro nacimiento a la vida sobrenatural aquí la tierra y nuestra esperanza en la vida eterna al final de los tiempos.

Pero la fe no es una moción simplemente intelectual, ella supone una vivencia del hombre en su integridad; es una experiencia en que el existir humano se vuelca y se entrega radicalmente a lo que, precisamente, es su raíz, a Dios. Dado que la fe excede los límites del intelecto, ella ha de concretizarse en la vida; en tanto que virtud -fuerza (DYNAMIS)- debe mantenerse en tensión, fortalecerse permanentemente en su propia fuente y ejercer una acción. La fe no es abstracta. Ella se realiza (manifiesta su realidad) por Cristo mismo, que permanece entre nosotros gracias a la *Eucaristía*, manantial de vida sobrenatural y comportamiento ético. El cristiano renueva permanentemente su fe gracias a este sacramento: vive su fe *en* la Eucaristía, en la cual se renueva día a día el sacrificio de Jesús en el fecundo árbol de la *Cruz*.

El hombre puede ser cristiano hoy *interiorizando* el mensaje de Cristo: *viviendo* la fe en él; *creyendo* en su Resurrección y *asumiendo* -en la esperanza- la suya propia; *fortaleciéndose* en la Eucaristía y *confiando* sus miserias a la Cruz.

El lector dirá que no es fácil esta superación de sí mismo y del mundo de *hoy* en que vive. Indudablemente que asumirlo es decidirse por la “senda angosta” y afrontar la escena del siglo XXI -vértigo de novedades- bajo el pendón del Cristianismo, que, por referido a lo eterno, en su sustancia, no cambia. En lo hondo, el hombre de hoy, como el de ayer, busca algo que “no se muda” (como dice Teresa de Avila) y sabe que escarpado es el camino que lleva a la “verdad verdadera” y la felicidad sin sombras.

Sí, puede ser hoy cristiano el hombre cuando comprende, con el favor de Dios, que su horizonte no se reduce al límite de su poquedad, sino que también es acceso luminoso a la inmensidad que todo trasciende. Cuando descubre que el camino, la verdad y la vida es Cristo.

París, en mayo A.D. MMI.

Este libro se terminó de imprimir en
Marzo del año 2002 en los
Talleres Gráficos de
Impresos & Diseños S.A.C.
Teófilo Castillo 1750 Lima 1
Teléfono:336-5562 fax:336-5961